

Las bibliotecas y las casas de cultura en la educación permanente, por JOSE ANTONIO PEREZ-RIOJA

El ritmo de la vida actual es tan acelerado que hoy, mucho más que en cualquier otra época y, en una progresión ascendente, se atrofian con mayor rapidez los conceptos, incluso aquellos de uso más frecuente. Ocurre también que no nos damos bien cuenta, al paso vertiginoso de los años, de cómo empleamos, de qué distinta forma interpretamos, de qué diferente manera vemos un al parecer idéntico concepto.

Si nos referimos al de la educación, nuestra estimativa lo ha cambiado quizá todavía más no sólo en su extensión sino en su misma matización.

Concebida la educación en su máxima amplitud o proyección social—o sea en el punto que aquí nos interesa subrayar— conviene recordar que en el XVIII, o siglo de las luces, era considerada todavía como ilustración; en el XIX y a principios del XX, más bien como instrucción (1). Ahora, al emplear con preferencia el término educación, le damos un sentido pleno e integrador, porque incluimos en él, a la vez, el mejor desarrollo posible del cuerpo, del alma y de la inteligencia.

Esa plena formación moral, física e intelectual del hombre—y en esto, como en tantas cosas, se nos adelantaron los grie-

gos y ya nos aleccionaron los latinos con su famoso principio *mens sana in corpore sano*—es, o debe ser, la educación global, total, de la personalidad a lo largo de la vida humana, y no sólo concebida como una breve etapa escolar que se aprende de niños y de adolescentes, y mucho menos como un barniz de cortesía y urbanidad, postizo, superficial y con evidente tufillo decimonónico...

No. La educación no debe entenderse así, sino al contrario, es decir, como algo consustancial al ser humano, desde que va a nacer y hasta que muere, ya que por su misma racionalidad es un ser susceptible siempre de perfeccionamiento, vocado necesariamente a encauzar sus propias inclinaciones naturales y afinar sus sentidos.

A mí me duele—lo confieso—incluir en la titulación de este artículo la expresión hoy tan en boga de educación *permanente*, y si lo hago es porque todavía resulta necesario insistir mucho sobre ese carácter esencial de *permanencia*, de duración a lo largo de la vida completa del ser humano, de la educación. Menester es el hombre entero, decían ya nuestros humanistas del siglo XVI y, mucho antes, los griegos habían ofrecido en su vida misma un bello ejemplo de educación integral y permanente. Por eso mismo, me cuesta trabajo pensar cómo el hombre ha podido ser—y durante tanto tiempo—tan ligero o superficial que haya podido creer de buena fe—y aún lo siga

(1) Es curioso observar que nuestro actual Ministerio de Educación—hasta comienzos de este siglo, una rama del Ministerio de Fomento—, se ha llamado después de Instrucción Pública y Bellas Artes. Y que, ya con su actual denominación, se ha calificado primero—sin duda, en una etapa en que urgía su máxima difusión por toda la geografía peninsular—de *Nacional*, y luego, en esta otra etapa que mira más hacia lo científico y lo técnico, se le adiciona con esa otra mitad de *Ciencia*.

creyendo no pocas veces— que la educación era sólo cosa de la escuela primaria o, todo lo más, de esos otros compartimientos estancos que, con desesperante rutina, se han venido llamando hasta ahora mismo segunda enseñanza y enseñanza superior, o que se resolvía, para casos de urgencia, con anacrónicas nociones de urbanidad. No. La educación no es sólo el período escolar, más o menos prolongado o enriquecido según la posición económica o social del consumidor; no es algo que se compra; no es tampoco algo que se cumple en un momento determinado, como puede serlo, en otro orden, el servicio militar... Lo tremendo es que todavía hay muchos que lo creen así, y que incluso es preciso orientar bien en este sentido a numerosos padres y a no pocos docentes.

La educación de una criatura se debe iniciar ya en el espíritu de quienes van a afrontar la enorme responsabilidad de engendrarla, si es que de verdad aspiran desde ese momento a ser padres, es decir, a darle una vida digna, o lo que es lo mismo, a criarla, a alimentarla física, moral e intelectualmente. La educación tiene, pues, su raíz y su hogar básico en la familia desde el comienzo mismo de ésta, y va cumpliendo luego sus etapas —siempre paralelas con las del hogar familiar— en la escuela primaria, a veces en otros centros de enseñanza media, técnica o superior y, en cualquier caso, en la calle y en el campo, en los posibles lugares de trabajo, de diversión y de relación de cada cual.

Ahí está —creemos— lo que podemos entender como educación, en su sentido permanente, de cultivo continuado de la personalidad, que nace con la vida misma del individuo y que le sigue, como su sombra, a lo largo de toda su existencia y en todos aquellos lugares donde ésta haya de desenvolverse.

¿Qué papel cabe, pues, a las bibliotecas y casas de cultura en esa continuidad educativa del hombre?

Con referencia a las bibliotecas, detengámonos antes, siquiera muy de pasada, en su propio concepto que, como tantos otros, resulta ya etimológicamente estrecho (del griego *biblion*, libro, y *theke*, armario) y, socialmente, muy poco conocido o utilizado aún, ya que la biblioteca no es tan sólo

el más o menos amplio receptáculo de libros ordenados, clasificados y catalogados al servicio de unos posibles lectores, sino un centro vivo y dinámico de información, de investigación, de estudio y de recreo del espíritu, que está abierto a todos, cualesquiera sea su edad —basta con saber leer— y su condición.

Son menos todavía de las necesarias nuestras bibliotecas públicas y no están todas lo suficientemente dotadas aún —en edificios, instalaciones, fondos, personal, etcétera— como para que puedan cumplir con la máxima dignidad y eficacia su misión, ya anunciada hace más de tres mil años, en la puerta de la del faraón egipcio Ossymandias, cuyo cartel decía nada más, pero nada menos que esto: «Tesoro de los remedios del alma»...

Pero he ahí cómo ese maravilloso concepto ya trimilenario de la biblioteca de aquel faraón se desvanece y se anquilosa luego, hasta casi nuestros días y con muy pocas excepciones, en algo rígido, tantas veces cerrado a los más por ser un raro privilegio de una minoría preparada y vocada a la lectura.

Como ya he dicho en alguna ocasión (2), «unida al templo en la antigüedad, dentro de los monasterios durante la edad media, como un museo desde la época renacentista, la biblioteca ha venido a ser hasta el siglo pasado un depósito de libros accesible a unos cuantos estudiosos. A partir del siglo XIX, la biblioteca cambia radicalmente, al abrir sus puertas a todos. De institución de privilegio, se transforma en una pieza importantísima del mecanismo social al servicio de la colectividad. Se convierte en el eje de las más diversas actividades culturales, y se gana el nombre de «universidad del pueblo». Su primigenio sentido centrípeto se hace cada vez más expansivo. Y así, en una etapa muy posterior —etapa cuyo pleno desarrollo está fructificando ahora—, la biblioteca pública abandona su pasividad y hermetismo antiguos para transformarse en un centro activo y dinámico... Ya no es sólo el edificio o receptáculo para albergar una colección de libros, ni tampoco es únicamente esa colección. Supone, además, un conjunto de lectores». Pero llega a más todavía. Si el préstamo domi-

(2) Cfr. mi ensayo *Penetración social del concepto biblioteca*. Madrid Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1954, pp. 5-6.

ciliario de libros ha supuesto una enorme conquista en la biblioteca pública de nuestro tiempo, puesto que permite leer no sólo dentro sino fuera de sus propios muros, es decir, en la misma intimidad del hogar de aquellos que disponen de menos posibilidades para acudir a ella o que desean cultivar su espíritu en días festivos o en horas de la noche, otro paso aún más ambicioso en la proyección social de la biblioteca de nuestros días—hecho ya realidad en muchas de nuestras capitales de provincia y en algunas poblaciones o barriadas importantes—es la de su integración en las llamadas casas de cultura, donde coexiste con un archivo histórico, con otras entidades culturales (centros de estudios locales, asociaciones plásticas o musicales, cine-clubs, museos), y más recientemente aún—ya hay algún caso (3)—coexisten también con los servicios provinciales de extensión cultural, aparte de sus servicios generales (salas de actos y exposiciones, de reuniones, etc.) que no sólo pueden utilizarse para las actividades propias de la casa de cultura, sino de sus centros integrados, de aquellos otros adheridos y, en fin, de todos aquellos de la ciudad y la provincia, que lo deseen.

Las casas de cultura, así concebidas y así instaladas, empiezan hoy a desarrollar en España—pues se van extendiendo progresivamente, dentro de esta tónica, por todo el suelo peninsular—una labor amplia, rica, diversa, de aglutinación de manifestaciones culturales, de coordinación de esfuerzos antes dispersos, de convivencia humana—tan necesaria en nuestro país, sobre todo, de cara hacia el futuro—que no hay hipérbolo alguna, al afirmar que, desde ahora y en un porvenir inmediato, están llamadas a ser los centros más idóneos, por su dinamismo y su multiplicidad, para el desarrollo de la llamada educación permanente.

Para no teorizar (4), preferimos recoger

(3) La de Soria, concretamente, hasta ahora el modelo o tipo de máxima integración, dentro del mismo edificio, de centros o entidades culturales: Archivo Histórico Provincial; Biblioteca Pública (con Salas general o de referencia, de Revistas y Periódicos, de Préstamo, de Investigadores, Local, Audiovisual, Bibliográfica e Infantil-Juvenil); Centro Provincial Coordinador de Bibliotecas; Comisaría Provincial de Extensión Cultural (aulas para enseñanzas no regladas de adultos, depósito audiovisual, salas de copias y demostraciones, laboratorio de idiomas, unidad móvil audiovisual); Centro de Estudios Sorianos y Asociación Musical, y, como servicios propios o generales de carácter común, sala de actos con teatro y cabina de cine, sala de exposiciones, salas de reunión, etc.

(4) En ese aspecto, cfr. nuestro artículo «Misión e irradiación de las casas de cultura», publicado en estas mismas páginas de la REVISTA DE EDUCACION, vol. LIX, n.º 173, junio de 1965, páginas 81-85.

nuestras propias experiencias y sintetizar aquí, como ejemplo—entre los de otras provincias que podrían ponerse—el de la labor que, desde hace trece años, pero hoy con muchas mayores posibilidades en su nuevo y funcional edificio, viene realizando la Casa de Cultura de Soria, como marco o receptáculo para la educación integral y permanente.

En cuanto al radio de acción, si bien se centra lógicamente en la capital, no se ciñe sólo a ella, sino que se difunde—cada vez más—hacia la provincia, ya a través del envío periódicamente renovado de lotes circulantes de libros o pequeñas bibliotecas viajeras a los pueblos más pequeños que aún no poseen bibliotecas públicas (desde ahora acrecentado mediante una unidad móvil audiovisual que, además, puede ofrecerles audiciones y proyecciones de cine documental), ya mediante las grabaciones de conferencias y otros actos celebrados en la capital, ya a través de pequeñas exposiciones itinerantes que igualmente remite a bibliotecas u otros centros rurales, ya incluso por el préstamo de discos (cuentos, teatro, poesía, música, didáctica, etc.) o de películas de Fondo de Extensión Cultural, en programas o campañas periódicamente renovadas.

Respecto a los usuarios, la labor realizada se centra en todas las edades y estratos sociales, penetrando cada vez más en los diversos sectores de la población.

En este sentido, los servicios de la Biblioteca Pública, son los que señalan, lógicamente, un impacto mayor. Con referencia a los niños, la Biblioteca Pública de Soria les ofrece una Sección Infantil-Juvenil, con más de dos mil volúmenes perfectamente seleccionados, clasificados y catalogados (con sendos ficheros sistema diccionario: autores, temas, títulos, en los dos estadios, para los más pequeños y para los adolescentes, en que esos libros se han ordenado), con revistas infantiles, con dos centenares de discos adecuados (cuentos y narraciones infantiles, adaptaciones de ciertas obras, canciones, villancicos, etc.) que pueden oír en la inmediata Sección Audiovisual, en la que, asimismo, pueden ver hasta 1.500 diapositivas. Pero, sobre todo, les enseña a leer, a orientar sus lecturas; les estimula con premios en libros; les habitúa a

ver y oír en las «horas infantiles» que celebra con frecuencia, y en las que cooperan a menudo los maestros sorianos (cuentos, narraciones, adaptaciones, pequeños concursos, proyección y comentario de documentales, audiciones musicales, etc.); en fin, desde la entrada misma—que les brinda, con generosidad, servicios higiénicos y guardarropas— a sus estancias en la biblioteca y, en ocasiones, en el salón de actos y en el de exposiciones (ahora, en la última Navidad, se les ha dedicado una bella Exposición de Libros y Discos Infantiles, donde podían oír cuentos, narraciones, villancicos y canciones) les enseña a ser lectores y les va habituando, no sólo al uso racional de la biblioteca, sino al gusto por la lectura, afinando así su sensibilidad y despertando en ellos su incipiente curiosidad intelectual. Esos niños, además, coinciden en las escaleras o en los pasillos de la Casa de Cultura, con otras personas mayores, a la vez que éstas entran o salen junto a los niños, en tanto unos y otros son atendidos en sus secciones respectivas, con orden y silencio. Unos y otros comprenden así, insensiblemente, que esa educación, esa autoformación de la personalidad es algo consustancial a todos y a cualquier edad.

A los adultos se les ofrece, dentro de la biblioteca (5), una sala general o de referencia, con 7.500 volúmenes de consulta (diccionarios, enciclopedias, manuales, tratados diversos de todas las materias); 110 títulos de publicaciones periódicas en recepción en la Sala de Periódicos y Revistas, donde se ha logrado un ambiente grato y hogareño, compatible con el de las grandes mesas para los estudiosos que buscan en las revistas especializadas el dato reciente que se escapa de los libros, o que avizoran el pasado de la ciudad en las viejas y ya amarillentas hojas de los tomos encuadernados de la prensa local, amorosamente guardada y catalogada desde 1860 a nuestros días; en la Sección de Préstamo, les ofrece otros 5.000 volúmenes, especialmente seleccionados, ya para una divulgación amena de todos los conocimientos humanos, ya para el recreo del espíritu con las mejores obras (novelas, poesía, teatro, ensayo, bio-

grafías o viajes) de la literatura universal; en las Secciones Bibliográfica, Soriana y de Investigadores, les brinda repertorios y obras de consulta, obras completas y otras de carácter local, incluso folletos y hojas sueltas que constituyen un acervo importante para el conocimiento histórico de la ciudad y de la provincia; asimismo, una documentación manuscrita de unos tres mil legajos, en el Archivo Histórico Provincial, y, en fin, a adolescentes y a mayores, en la nueva Sección Audiovisual de la Biblioteca, la posibilidad de ver hasta millar y medio de diapositivas en color sobre los más diversos temas, y de oír otro millar de discos, con más de cuatro mil obras grabadas (música clásica y moderna, teatro, poesía, métodos de idiomas, etc.).

De nueva pero de profunda penetración en el público son también los Servicios Provinciales de Extensión Cultural, que, si desde su Depósito Provincial, envían diariamente a más de cien beneficiarios de la ciudad y de diversos pueblos, filminas, diapositivas, películas, discos y grabaciones en cinta magnetofónica, desde sus aulas para clases no regladas de educación de adultos, ofrecen Cursos de Mecanografía, Secretariado, Contables-Auxiliares de Empresa, o bien, en el Laboratorio de Idiomas, clases de francés e inglés, como una iniciación para otras enseñanzas que, al ritmo de las necesidades de cada momento, puedan surgir en lo futuro. Así, por ejemplo, se prevén ya para el próximo verano, cursos para extranjeros, si bien todavía como un primer ensayo, susceptible de posteriores ampliaciones.

Añádanse aun las actividades propias de la Casa de Cultura (que edita mensualmente su cartel o programa de actividades, con treinta días de antelación, el cual se reparte profusamente por las carteleras callejeras, por los centros docentes y oficiales, por las tiendas, los talleres y las oficinas, y que brinda conferencias, coloquios, cine-club, cine documental, exposiciones plásticas o bibliográficas, teatro leído o representado, conciertos y audiciones) y aquellas otras actividades específicas del Centro de Estudios Sorianos (que edita la revista de investigación local *Celtiberia*, y que allí, como la Asociación Musical «Olmeda-Yepes», tiene su sede) y de aquellas otras entidades

(5) Del total de sus 31.000 volúmenes que, para una población de sólo 23.000 habitantes, posee actualmente.

adheridas, el Cine-Club Soria, el Teatro de Ensayo, la Sociedad Fotográfica o, en ocasiones, de centros oficiales, que solicitan los salones de conferencias y de exposiciones para determinados actos corporativos, asambleas, conmemoraciones oficiales, etc.

Este ejemplo—que es hoy, poco más o menos, el de otras casas de cultura españolas—pone de manifiesto la importancia de éstas, así como la de nuestras bibliotecas públicas, en el pleno desarrollo educativo del país. Sin pretender agotar el tema, recojamos a modo de conclusión de este artículo, algunos extremos por los cuales las bibliotecas públicas y las casas de cultura pueden considerarse hoy, y merecen por ello la mayor atención por parte del Estado y las Corporaciones locales, como los centros más ágiles, más dinámicos y adecuados para el pleno desarrollo de la educación permanente:

1.º Por su carácter abierto a todos (niños, adolescentes, jóvenes, adultos; y tanto escolares, estudiantes, estudiosos e investigadores como personas que sólo aspiran a recrearse para entretener su ocio,

cultivando su espíritu), que absorbe prácticamente a toda la comunidad.

2.º Porque el acceso a las bibliotecas y casas de cultura es libre y voluntario, espontáneo y gratuito, sin que lo produzca (como en los centros docentes, casinos, ateneos, etc.) ni una motivación de obligatoriedad ni de pago, ni de otras circunstancias que pudieran suponer ya una fuerza coercitiva, ya una motivación gremial, profesional, o que, incluso siendo voluntaria, está limitada a sectores más reducidos, a veces matizada de credos o ideologías determinados, etc.

3.º Porque supone, en quienes voluntariamente frecuentan las bibliotecas y casas de cultura, un hábito diario, una perfección continuada, en el cultivo de su personalidad y en el desarrollo de su curiosidad intelectual, superior—por su misma libertad, variedad y complejidad de matices—al que pudieran tener en un determinado centro docente o de otra índole, y

4.º Porque, como se dijo antes, permiten la más variada y amplia convivencia, base esencial para el auténtico desarrollo del país en el triple aspecto económico, social y cultural.